



**OPERACIÓN
[STORMBREAKER]**

ANTHONY HOROWITZ

Cuando su tío muere en sospechosas circunstancias, Alex Rider encuentra, a sus catorce años, que todo su mundo se ha puesto patas arriba.

En apenas unos días experimenta una transformación asombrosa: deja de ser un escolar para convertirse en un superespía. Reclutado a la fuerza por el MI6, Alex tiene que participar en los terribles ejercicios de entrenamiento de los SAS; después, armado con un completo equipo personalizado de artilugios secretos, es enviado a su primera misión. Ha de desenmascarar a los asesinos de su tío y salvar a todos los escolares de Inglaterra de una muerte segura.

Enseguida se encuentra en peligro mortal. Da la impresión de que esta primera misión va a ser también la última...

Prólogo

POR si nunca has leído un libro de Alex Rider, lo que tienes en las manos es una «edición cinematográfica». Es decir, es exactamente igual que cualquier otra edición, excepto que tiene una nueva portada. Y esta introducción.

Mi editor me pidió que escribiera unas pocas palabras sobre la adaptación cinematográfica de *Stormbreaker*. Aquí están.

Creo que es bastante peligroso adaptar un libro de éxito a la pantalla. Imaginar algo cuando lo lees es incluso mejor que verlo cuando ha sido filmado. Cuando lees un libro, todo te pertenece. Durante años, no permití que nadie pintase siquiera un dibujo de Alex. Era tan solo una silueta negra con una linterna. Y ahora, de repente, es Alex Pettyfer. ¿Y qué ocurre con Sayle Enterprises, el MI6, Jack Starbright y Nadia Vole? ¿Son como los habías imaginado? ¿Me pregunto incluso si son como yo los había imaginado?

Pero, hoy en día, es difícil evitar las adaptaciones cinematográficas. ¡Lo cierto es que hay gente que dice que no se puede decir que un libro haya triunfado mientras no haya sido llevado a la pantalla! El problema es que, cuando tienes cuarenta millones de dólares para hacer una película, las cosas cambian. Los productores y los financiadores tienen exigencias que hacer. Os daréis cuenta, seguramente, de que hay cincuenta cosas en la película de *Stormbreaker* que son distintas al libro^[1].

Vamos a ver: estoy muy contento con la adaptación cinematográfica. (He de estarlo, yo la escribí.) Hicimos muchos cambios porque eran necesarios y parecían, además, lo correcto, aunque espero que en ningún momento nos desviásemos mucho del espíritu del libro. Alex sigue siendo Alex. Sayle se mantiene, aunque su nombre de pila ha cambiado. ¿Hicimos bien? Yo creo que sí. Pero tú sacarás tus propias conclusiones.

En cualquier caso, aquí comenzó todo. Escribí este libro en el siglo pasado, en 1999. Ahora hay seis libros y, si la película de *Stormbreaker* es un éxito, no tardarán en rodar *Point Blanc*. Alex Rider puede convertirse, dentro de no mucho tiempo, en una industria, pero cobró forma como libro y espero que disfrutes leyéndolo tanto como yo disfruté escribiéndolos. Olvida la película por un instante. Cuando pases estas páginas, Alex Rider te va a pertenecer por completo.

Voces fúnebres

CUANDO el timbre de la puerta suena a las tres de la madrugada, nunca es para nada bueno.

Alex Rider se despertó al primer timbrazo. Abrió los ojos parpadeando pero, durante un momento, se quedó completamente inmóvil en la cama, bocarriba, con la cabeza apoyada en la almohada. Escuchó cómo se abría la puerta de un dormitorio y un crujido de madera cuando alguien bajó las escaleras. El timbre sonó por segunda vez y entonces miró a la esfera luminosa del despertador que tenía al lado. Las 3.02 de la madrugada. Se escuchó un ruido, cuando alguien corrió la cadena de seguridad de la puerta delantera.

Se levantó de la cama y se acercó hasta la ventana abierta, con los pies desnudos pisando las alfombras. La luz de la luna se esparció sobre su pecho y espaldas. Alex tenía catorce años y ya estaba formado, con un cuerpo de atleta. Su pelo, corto, a excepción de dos mechones espesos que le caían sobre la frente, era rubio. Sus ojos eran oscuros y serios. Se quedó un momento en silencio, medio oculto entre las sombras, mientras observaba. Había un coche de policía aparcado en el exterior. Desde la ventana del segundo piso, Alex podía ver el número de identificación pintado en negro sobre el plato de las gorras de los dos hombres, parados ante la puerta. La luz del porche se encendió y, al mismo tiempo, la puerta se abrió.

—¿Es usted la señora Rider?

—No, soy el ama de llaves. ¿Qué ocurre? ¿Qué pasa?

—¿Es este el domicilio de Ian Rider?

—Sí.

—¿Nos permite pasar?

Y Alex comprendió. Lo supo por la forma en que se comportaban los policías, desasosegados e incómodos. Lo supo también por el tono de sus voces. Voces fúnebres... así las describiría tiempo después. La clase de voces que la gente emplea cuando viene a decirte que alguien cercano a ti ha muerto.

Se acercó a la puerta y la abrió. Pudo escuchar cómo los dos policías hablaban en el vestíbulo, pero solo le llegaban parte de las palabras.

—... un accidente de coche... llamaron a la ambulancia... cuidados intensivos... no se pudo hacer nada... lo siento.

Solo algunas horas más tarde, sentado en la cocina, observando cómo la luz gris de la mañana crecía lentamente sobre las calles del oeste de Londres, Alex trató de encontrar algún sentido a lo que había pasado. Su tío, Ian Rider, estaba muerto. Mientras volvía a casa, su coche había sido embestido por un camión en la rotonda de Old Street y había muerto casi en el acto. Según la Policía, no llevaba puesto el cinturón de seguridad. De haber sido así, hubiera tenido alguna oportunidad.

Alex pensó en el hombre que había sido su único pariente desde que tenía uso de razón. Nunca había conocido a sus padres. Habían muerto en un accidente de aviación, a las pocas semanas de que naciese. Lo habían entregado en custodia al hermano de su padre (nunca «tío», ya que Ian Rider había odiado esa palabra) y había pasado la mayor parte de sus catorce años en el mismo chalé adosado de Chelsea, Londres, entre King's Road y el río. Pero solo en esos momentos Alex comprendió cuán poco sabía acerca de aquel hombre.

Un empleado bancario. La gente decía que Alex se parecía muchísimo a él. Ian Rider estaba siempre viajando. Un hombre tranquilo y reservado que amaba el buen vino, la música clásica y los libros. No parecía tener ningún tipo de pareja... ni tampoco ninguna clase de amigos. Se mantenía en forma, no fumaba y vestía ropa cara. Pero eso no era suficiente. Eso no era un retrato de toda una vida. No era más que un simple esbozo de la misma.

—¿Estás bien, Alex?

Acababa de entrar una joven en la estancia. Estaba cerca de la treintena, lucía una melena pelirroja y un rostro redondo e infantil. Jack Starbright era estadounidense. Había llegado a Londres en calidad de estudiante, siete años atrás, alquilado un cuarto en la casa —a cambio de hacer las labores menos pesadas del hogar y cuidar del niño— y se había convertido en ama de llaves, así como en una muy buena amiga de Alex. A veces, él se preguntaba si Jack sería diminutivo de Jackie. ¿O sería Jacqueline? Ninguno de esos nombres le pegaba y, aunque una vez se lo preguntó, ella no respondió.

Alex asintió.

—¿Qué crees que va a pasar? —preguntó.

—¿A qué te refieres?

—Qué va a pasar con la casa. Conmigo. Contigo.

—No lo sé —se encogió de hombros—. Supongo que Ian tendría testamento. Tiene que haber dejado algunas disposiciones.

—Quizá debiéramos mirar en su despacho.

—Sí. Pero no hoy, Alex. Cada cosa a su tiempo.

El despacho de Ian era una estancia que ocupaba toda la longitud de la casa, en la parte de arriba. Era la única habitación que estaba siempre cerrada; Alex había estado en ella solo tres veces en toda su vida y nunca solo. Cuando era más pequeño, había tejido fantasías acerca de que tenía que haber algo extraño allí dentro; una máquina del tiempo o un ovni. Pero no era más que un despacho con un

escritorio, un par de archivadores, estanterías llenas de papeles y libros. Asuntos bancarios, eso era lo que Ian decía. Aun así, Alex siempre quiso volver a entrar. Porque nunca lo dejaron.

—La Policía dijo que no llevaba el cinturón de seguridad —Alex se volvió para mirar a Jack.

Ella asintió.

—Sí. Es lo que han dicho.

—¿No te parece extraño? Ya sabes lo cuidadoso que era. Siempre se ponía el cinturón. No podía ni siquiera llevarme a la esquina sin obligarme a ponerme el mío.

Jack se lo pensó durante un momento, luego se encogió de hombros.

—Sí, resulta extraño —convino—. Pero tiene que haber ocurrido así. ¿Para qué iba a mentirnos la Policía?

Llegó el día. Alex no fue a la escuela, aunque, para sus adentros, hubiera preferido hacerlo. Le hubiera gustado poder regresar a la vida normal —el sonido de la campana, la multitud de rostros familiares— en vez de tener que estar sentado allí, atrapado dentro de la casa. Pero tenía que estar presente para recibir a los visitantes que fueron llegando a lo largo de toda la mañana y la tarde.

Había cinco. Un notario que no sabía nada del testamento, pero que parecía haber recibido el encargo de ocuparse del funeral. Un director de funeral recomendado por el notario. Un sacerdote —alto y entrado en años—, al que parecía desagradar que Alex no pareciese más desolado. Una vecina del otro lado de la calle... ¿cómo se habría enterado de que alguien había muerto? Y por último un hombre del banco.

—Todo el personal del Royal & General estamos profundamente impresionados —dijo. Rondaría los treinta y vestía un traje de poliéster, con corbata de Marks & Spencer. Tenía esa clase de rostro que uno olvida incluso mientras lo

tiene delante, y se había presentado como Crawley, del departamento de Personal—. Pero si hay algo que podamos hacer...

—¿Qué va a pasar? —preguntó Alex por segunda vez en aquel mismo día.

—No tienes de qué preocuparte —dijo Crawley—. El banco se ocupará de todo. Ese es mi trabajo. Deja todo en mis manos.

El día pasó. Alex mató un par de horas de la tarde jugando con su Nintendo último modelo, y luego se sintió vagamente culpable cuando Jack lo sorprendió haciéndolo. ¿Pero en qué podía ocuparse? Más tarde, ella misma lo llevó a un Burger King. Se alegró de poder salir de la casa, pero apenas hablaron. Alex asumía que Jack tendría que volver a América. Desde luego, no se iba a quedar en Londres para siempre. ¿Quién velaría entonces por él? Según la ley, era aún demasiado joven para poder atender sus asuntos por sí mismo. Todo su futuro parecía tan incierto que prefería no hablar del mismo. Prefería no hablar de nada.

Luego llegó el día del funeral y Alex se encontró vestido con una chaqueta oscura, dispuesto a partir en un coche negro que había llegado de no sabía dónde, rodeado de gente a la que nunca había visto. Enterraron a Ian Rider en el cementerio de Brompton, en Fulham Road, justo a la sombra del campo del Chelsea, y Alex sabía dónde hubiera preferido estar esa tarde de miércoles. Habían acudido unas treinta personas, pero apenas pudo reconocer a ninguna. Habían abierto una tumba cerca del sendero que recorría toda la longitud del cementerio y, cuando comenzaron los servicios, apareció un Rolls-Royce negro, la puerta se abrió y un hombre descendió del mismo. Alex lo observó mientras se acercaba caminando y se detenía. Por encima de sus cabezas pasó un avión que realizaba maniobras de aterrizaje en Heathrow, ocultando momentáneamente el

sol. Alex se estremeció. Había algo en aquel recién llegado que le ponía la piel de gallina.

Y, sin embargo, el hombre tenía un aspecto de lo más ordinario. Traje gris, pelo gris, labios grises y ojos grises. Su rostro era inexpresivo, los ojos tras las gafas cuadradas, color gris plomo, eran completamente vacíos. Puede que eso fuera lo que turbase a Alex. Quienquiera que fuese aquel hombre, parecía tener menos vida que ninguno de los presentes en el cementerio. Estuviesen debajo o sobre tierra.

Alguien golpeó en el hombro a Alex y se volvió para encontrarse con el señor Crawley, que se inclinaba sobre él.

—Ese es el señor Blunt —susurró el encargado de personal—. Es el presidente del banco.

Los ojos de Alex fueron desde el señor Blunt al Rolls-Royce. Dos hombres más habían llegado con él, uno de ellos el conductor. Vestían trajes idénticos y, pese a que no era un día especialmente luminoso, gafas de sol. Ambos contemplaban el funeral con rostros idénticamente sombríos. Alex pasó la mirada de ellos a Blunt y luego a la otra gente que había acudido al cementerio. ¿Habían conocido de verdad a Ian Rider? ¿Por qué nunca los había visto antes? ¿Y por qué encontraba tan difícil creer que alguno de ellos trabajase de verdad en un banco?

—... un buen hombre, un patriota. Lo echaremos de menos.

El sacerdote había terminado su alocución. Su discurso le había sonado extraño a Alex. ¿Patriota? Eso significaba que amaba a su país. Pero, hasta donde Alex sabía, Alex Rider apenas había dedicado tiempo a eso. Desde luego, nunca había enarbolado la Unión Jack^[2]. Miró a su alrededor, esperando encontrar a Jack, pero en vez de eso vio cómo Blunt se le acercaba, contorneando con cuidado la tumba.

—Tú debes de ser Alex —el presidente era solo un poco más alto que él. De cerca, su piel se veía extrañamente

irreal. Podría estar hecha de plástico—. Me llamo Alan Blunt —dijo—. Tu tío solía hablar con frecuencia de ti.

—Es curioso —replicó Alex—. Nunca lo mencionó a usted.

Los labios grises se curvaron por un instante.

—Lo echaremos de menos. Era un buen hombre.

—¿En qué era bueno? —preguntó Alex—. Nunca hablaba de su trabajo.

Crawley apareció de repente.

—Tu tío era el encargado de Finanzas Internacionales, Alex —dijo—. Era el responsable de nuestros departamentos en el extranjero. Debieras haberlo sabido.

—Sé que viajaba mucho —contestó Alex—. Y sé que era muy cuidadoso. También en cosas tales como los cinturones de seguridad.

—Bueno, por desgracia no fue lo suficiente cuidadoso —los ojos de Blunt, aumentados por los cristales de sus gafas, se posaron en los suyos propios y Alex, por un momento, se sintió analizado, como un insecto bajo el microscopio—. Espero verte de nuevo —prosiguió Blunt. Le golpeteó un lado del rostro con un dedo gris—. Sí... —luego se giró y regresó a su automóvil.

Ocurrió cuando entraba en el Rolls-Royce. El conductor se inclinó para abrir la puerta y entonces la chaqueta se le abrió, mostrando la camisa. Y no solo la camisa. Aquel hombre llevaba una pistolera de cuero con una pistola. Alex lo vio mientras el hombre, al comprender lo que había ocurrido, se enderezaba con rapidez y se ceñía la chaqueta al pecho. Blunt también lo había visto. Se volvió y miró de nuevo a Alex. Algo muy parecido a una emoción pasó por su rostro. Luego entró en el coche, la puerta se cerró y se fue.

Una pistola en un funeral. ¿Por qué? ¿Por qué iban los gerentes de un banco a llevar pistolas?

—Vámonos. —Jack apareció de repente a su lado—. Los cementerios me dan espanto.

—Sí. Y bastantes espantos hemos tenido ya —murmuró Alex.

Se fueron tranquilamente y regresaron a casa. El coche que los había llevado al funeral estaba aún aguardándolos, pero prefirieron dar un paseo. La caminata les llevó quince minutos. Cuando torcían la esquina de su calle, Alex se percató de que había un camión de mudanzas aparcado frente a su casa, con las palabras STRYKER & SON pintadas en el costado.

—¿Qué está haciendo...? —comenzó a decir.

En ese mismo momento, el vehículo partió a toda velocidad, con sus ruedas patinando sobre el asfalto.

Alex no dijo nada mientras Jack abría la puerta y entraban, pero mientras ella se dirigía a la cocina, a hacer té, miró rápidamente por toda la casa. Una carta que antes estaba sobre la mesa del vestíbulo ahora estaba en la alfombra. Una puerta medio abierta ahora estaba cerrada. Pequeños detalles, pero los ojos de Alex repararon en todo. Alguien había estado en la casa. Estaba casi seguro de ello.

Pero no tuvo la certeza hasta que fue a la planta de arriba. La puerta del despacho que siempre, siempre, estaba cerrada, ahora estaba abierta. Alex abrió y entró. La habitación estaba vacía. Ian Rider se había ido y todo lo suyo también. Los cajones del escritorio, los armarios, las estanterías... se habían llevado todo cuanto pudiera haberle dicho algo sobre el trabajo del muerto.

—¡Alex! —Jack lo estaba llamando desde abajo.

Alex echó un último vistazo a la habitación prohibida, preguntándose de nuevo sobre el hombre que una vez había trabajado allí. Luego cerró la puerta y bajó.

Paraíso de automóviles

CON el Puente de Hammersmith justo delante, Alex abandonó el río e hizo girar la bici en el semáforo, bajando por la colina hacia la escuela de Brookland. La bicicleta era una Condor Junior Roadracer, especialmente fabricada para él cuando cumplió doce años. Era una bicicleta de adolescente con un chasis liviano Reynolds 513, pero las ruedas eran de tamaño profesional, por lo que podía alcanzar una gran velocidad con muy poco esfuerzo. Sorteó un Mini y cruzó las puertas del colegio. Iba a sentir el día en que, al crecer, tuviese que abandonar la bici. Había sido casi parte de él durante dos años.

Le echó una doble vuelta de cadena en el cobertizo y se dirigió al patio. Brookland era una construcción nueva de ladrillo rojo y cristal, moderna y fea. Alex podría haber asistido a cualquiera de los excelentes colegios privados de Chelsea, pero Ian Rider había decidido enviarlo allí. Le había dicho que eso resultaría un desafío.

La primera lección del día era de matemáticas. Cuando Alex entró en clase, el profesor, el señor Donovan, ya estaba garabateando una complicada ecuación en la pizarra. Hacía calor en la sala, con la luz del sol entrando por una cristalera, que iba de suelo a techo, obra de unos arquitectos que deberían haber pensado mejor las cosas. Alex, al sentarse en su asiento, cerca del fondo de la clase, se preguntó cómo iba a soportar la lección. ¿Cómo pensar en ál-

gebra cuando tenía tantas preguntas martilleándole en la cabeza?

La pistola en el funeral. La forma en que Blunt lo había mirado. La furgoneta con el letrero STRYKER & SON pintado en el costado. El despacho vacío. Y la mayor pregunta de todas, el único detalle que no se le iba de la cabeza. El cinturón de seguridad. Ian Rider no llevaba puesto el cinturón de seguridad.

Pero, por supuesto, sí lo llevaba.

Ian Rider nunca había sido de los que adoctrinaban. Siempre le había dicho a Alex que tenía que sacar sus propias conclusiones sobre las cosas. Pero él había tenido aquella manía con los cinturones de seguridad. Cuantas más vueltas le daba Alex al asunto, menos se lo creía. Un choque en una rotonda. De repente, sintió deseos de ver el coche. Los restos le indicarían, al menos, que el accidente había sucedido de verdad, que Ian Rider había muerto así.

—¿Alex?

Alex alzó la cabeza y se dio cuenta de que todo el mundo lo estaba mirando. El señor Donovan le acababa de preguntar algo. Ojeó con rapidez la pizarra, asimilando las operaciones.

—Sí, señor —dijo—, x es igual a siete e y a quince.

El profesor de matemáticas suspiró.

—Sí, Alex. Tienes toda la razón. Pero lo cierto es que lo que te acabo de pedir es que abras la ventana.

De alguna manera, se las arregló para sobrevivir el resto del día, pero cuando por fin sonó la campana de salida, había tomado una decisión. Mientras todo el mundo se dirigía fuera, él se encaminó hacia el despacho de la secretaria y pidió prestadas unas guías telefónicas.

—¿Qué buscas? —le preguntó la secretaria. Jane Bedfordshire era una joven en la veintena, y siempre había sentido afecto por Alex.

—Chatarrerías... —Alex pasó las páginas—. Si un coche se estrella cerca de Old Street, lo llevaran a alguna próxi-

ma, ¿no?

—Supongo que sí.

—Aquí... —Alex había encontrado una lista bajo el nombre de «desguaces de coches». Pero había docenas de ellos, tratando de llamar su atención en cuatro páginas.

—¿Es para un trabajo de la escuela? —le preguntó la secretaria. Sabía que Alex había perdido un pariente, pero no sabía cómo.

—Algo así... —Alex estaba leyendo direcciones, pero no le decían nada.

—Esta está cerca de Old Street. —La señorita Bedfordshire señaló a la esquina de la página.

—¡Un momento! —Alex tiró del libro y leyó el anuncio situado debajo del que le había señalado la secretaria.

<p>J. B. STRYKER</p> <p><i>El paraíso de los coches</i></p> <p>J. B. Stryker, Desguaces Lambeth Walk, LONDRES Tel.: 020 7123 5392</p> <p><i>¡Llámenos sin compromiso!</i></p>

—Eso está en Vauxhall —dijo la señorita Bedfordshire—. No está muy lejos de aquí.

—Ya lo sé —Alex había reconocido el nombre. J. B. Stryker. Recordó la furgoneta que había visto en el exterior de su casa, el día del funeral. STRYKER & SON. Pudiera ser una coincidencia, claro, pero era algo por lo que comenzar. Cerró el libro—. Hasta luego, señorita Bedfordshire.

—Ten cuidado al salir —la secretaria observó cómo se iba Alex, preguntándose por qué había dicho eso. Puede que debido a sus ojos. Oscuros y serios, con algo peligroso en su interior. Luego sonó el teléfono y lo olvidó para volver al trabajo.